

LA CARA OCULTA DE LOS ANDES. NOTAS PARA UNA REDEFINICIÓN DE LA RELACIÓN HISTÓRICA ENTRE SIERRA Y SELVA*

Andreu Viola Recasens

Antropólogo. Becario Investigador del Departamento de Antropología Cultural e Historia de América. Universidad de Barcelona.

La clásica parcelación académica de los grupos étnicos de los países andinos entre «tierras altas» y «tierras bajas» ha contribuido a fomentar una imagen tan esquemática como irreal de su historia. El territorio ubicado entre los contrafuertes orientales andinos y los llanos amazónicos, conocido como «ceja de selva» o «piedemonte andino», ha sido pensado durante mucho tiempo como una infranqueable frontera cultural, pero hoy tenemos suficientes razones para pensar que fue el puente para un verdadero «continuum» cultural entre ambas regiones. El desconocimiento de la historia precolombina de esta región se debe, en parte, a las dificultades con que tropiezan los arqueólogos, y que han hecho de la región amazónica una de las áreas peor conocidas arqueológicamente del mundo: la humedad y el calor eliminan del registro arqueológico los restos de materiales perecederos (viviendas, etc.); los ríos amazónicos, con sus crecidas, sus cambios de curso y su proceso de erosión han destruido numerosos asentamientos fluviales; asimismo, la colosal capa vegetal que cubre la región dificulta extraordinariamente los trabajos de prospección...¹.

Trabajos pioneros como los de los investigadores de la universidad de Urbana (Illinois) o los del proyecto francés «Amazand» han abierto el camino para una comprensión mucho más profunda de las interrelaciones culturales entre la sierra andina y la selva. Sin embargo, al problema de la escasa y desigual información

* La investigación en que se inscribe este trabajo ha sido posible gracias a una Beca del Programa Nacional de Formación de Personal Investigador del Ministerio de Educación y Ciencia.

1. J. Scott Raymond: «A View from the Tropical Forest» en R.W. Keatinge (ed.): *Peruvian Prehistory*, Cambridge, 1988, pág. 281.

arqueológica para la ceja de selva², hay que añadir numerosas incógnitas sobre las pautas preincáicas de ocupación étnica del territorio en zonas de particular interés como los valles bolivianos, a causa de la intensa colonización Inka y de los movimientos de poblaciones que provocó. Así, sobre la cultura Mollo, cuya influencia en la ceja de selva parece más que probable³, o sobre grupos étnicos como los Chuis, los Yampará o los Cotas, que por su estratégica posición en los valles pudieron haber jugado un papel de intermediarios, aún es relativamente poco lo que sabemos en lo que se refiere a su filiación étnica o a su relación con grupos selváticos del piedemonte⁴.

En cualquier caso, es bastante probable que futuras evidencias referentes a la demografía y a la complejidad social de los grupos que habitaron la ceja de selva puedan depararnos algunas sorpresas, como ha sucedido ya con las excavaciones en el Urubamba-Ucayali, cuyos resultados obligan a revisar determinadas ideas⁵. El propósito de estas páginas es, precisamente, contrastar algunos tópicos recurrentes sobre la ceja de selva con las evidencias actuales aportadas por la arqueología, la etnohistoria y la etnografía desde una perspectiva interdisciplinar.

¿Una región sin historia?

Cuando Julio C. Tello intuyó en 1923 la posible filiación amazónica de la cultura Chavín, el ambiente intelectual del momento no pareció muy receptivo a tal propuesta: incluso apasionados indigenistas como Uriel García rechazaron tal posibilidad⁶. La opinión de García sobre el Antisuyu merece ser recordada, en la medida en que sintetiza el imaginario de la selva que durante décadas ha supuesto una inagotable fuente de prejuicios y estereotipos:

«La selva no tiene historia porque es un espacio casi muerto y porque no recibe la acción humana que le dé ese valor. Es el caos (...)

Las selvas del «Antisuyu» son el Paraíso del génesis indiano; frontera geomoral que separa dos mundos...»⁷.

2. Sin embargo, las actuales investigaciones del equipo del Museo Arqueológico de la Universidad de San Simón (Cochabamba) en el Chapare, pueden aportar valiosas informaciones en el futuro para el caso boliviano.

3. V. Bustos Santelices: «Una hipótesis de relaciones culturales entre el Altiplano y la vertiente oriental de los Andes» en *Pumapunku* 12, 1978, pág. 123.

4. Para los problemas que plantea el «puzzle» étnico de los valles bolivianos como consecuencia de los movimientos de poblaciones promovidos por Wayna Kapac, véanse S. Sánchez & G. Sica: «La frontera oriental de Humahuaca y sus relaciones con el Chaco» en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 19, 2 (1990):469-497; R. Schramm: «Mojones, fronteras y territorialidad. Repartición étnica y política colonizadora/colonialista en los valles de Ayopaya y Mizque». Ponencia presentada al II Congreso Internacional de Etnohistoria, Coroico (La Paz), 1991, mimeo.; N. Wachtel: «The Mitimas of the Cochabamba Valley: The Colonization Policy of Huayna Capac» en G.A. Collier, R.I. Rosaldo & J.D. Wirth (eds.): *The Inca and Aztec States 1400-1800*. N. York, 1982, p. 199-235.

5. Para una redefinición de las sociedades de los llanos amazónicos a partir de la información arqueológica disponible en la actualidad, véase A.C. Roosevelt: «Chiefdoms in the Amazon and Orinoco», en R.D. Drennan & C.A. Uribe (eds.): *Chiefdoms in the Americas*, Lanham, 1987, pp. 153-185.

6. J. Uriel García: *El nuevo indio*. Lima, 1973 (originalmente, 1929), p. 46

7. *Ibidem*, p. 44.

Las élites políticas de la costa peruana, dispuestas a imponer su proyecto «civilizador» sobre el «rústico» altiplano y la «primitiva» selva, difícilmente podrían haber aceptado una propuesta que venía a cuestionar el rol de la costa como eterna avanzada cultural del Perú, y aun menos para atribuir un origen selvático de la civilización... Sin embargo, el análisis arqueológico de las tradiciones cerámicas del piedemonte ha confirmado la hipótesis de Tello⁸, reforzada por la inspiración amazónica de la iconografía zoomorfa de la cultura Chavín⁹. La evidencia de tradiciones cerámicas y agrícolas muy tempranas en la selva nos obliga a revisar, en la actualidad, el papel de las tierras bajas en el desarrollo cultural sudamericano¹⁰. La «invisibilidad» de la selva en la prehistoria del continente es, hoy por hoy, insostenible. No deja de resultar sorprendente que, a la hora de buscar influencias externas en el altiplano la arqueología haya acudido antes a especulativas, y a menudo disparatadas, influencias mesoamericanas o transpacíficas antes que a la inmediata zona de interacción cultural constituida por el piedemonte¹¹. Sin duda, al etnocentrismo implícito en los clásicos esquemas difusionistas (que dividen el mundo en pueblos que civilizan y pueblos que han de ser civilizados), se une el problema de la falta de comprensión del ecosistema amazónico, que ha dado pie a una sistemática infravaloración de su capacidad de sostenimiento de sociedades complejas¹². Curiosamente, ni el rotundo conocimiento de los orígenes tropicales de la civilización en Mesoamérica (Olmecas y Mayas), ni aún la evidencia de obras monumentales de ingeniería prehispánica en el trópico boliviano¹³ han podido derribar el prejuicio de una selva «sin historia».

En síntesis, los datos disponibles tienden a presentarnos un panorama cultural precolombino en las tierras bajas mucho más complejo de lo que se había pensado, a la vez que se perfilan unas intensas relaciones con el altiplano desde fechas bastante remotas. Por otra parte, los indicios de la presencia de grupos selváticos en la sierra¹⁴ nos obligan a abandonar un esquema unívoco de relaciones sierra-selva en términos de intrusiones invariablemente serranas en la selva; sin embargo, las implicaciones de un replanteamiento de este tipo adquieren incluso connotaciones ideológicas. Así, por ejemplo, es bien conocida la familiaridad de la cultura Tiwanaku con elementos amazónicos como la fauna¹⁵ o determinados alucinógenos¹⁶. Estos

8. D. Lathrap: «La foresta tropical y el contexto cultural de Chavín» en R. Ravines (ed.): *100 años de arqueología en el Perú*. Lima, 1970, pp. 256-257.

9. *Ibidem*, pp. 237-239.

10. Raymond, *op. cit.*, pp. 287-8; F.M. Renard-Casevitz, T. Saignes & A.C. Taylor: *L'inca, l'espagnol et les sauvages*. París, 1986, pág. 22.

11. Raymond, *op. cit.*, pág. 279.

12. Un ejemplo clásico sería la obra de B. Meggers: *Amazonía. Hombre y cultura en un paraíso ilusorio*. México, 1976 (orig. 1971).

13. El estudio más completo hasta el momento se debe a W.M. Denevan: *La geografía cultural aborígen de los Llanos de Mojos*. La Paz, 1980 (orig. 1966).

14. Para la presencia de grupos Shuar en la sierra ecuatoriana, véase P.I. Porras Garcés: «Arqueología del Oriente ecuatoriano: desenvolvimiento cultural de los pueblos precolombinos en el Amazonas» en A.A.V.V.: *Culturas indígenas de los Andes septentrionales*. Madrid, 1990, pág. 107.

15. I. Muñoz Ovalle: «Hallazgo de un *Alouatta Seniculus* en el Valle de Azapa. Estudio preliminar de la iconografía de simios en Arica» en *Chungará* 10 (1983), pp. 39-46.

hallazgos han sido interpretados como pruebas de la existencia de un archipiélago vertical tiwanacota¹⁷. En cambio, la reciente hipótesis de una filiación lingüística Arawak de la cultura Tiwanaku¹⁸ podría alterar drásticamente nuestra percepción de dicha cultura, pero es fácil suponer las resistencias que tal reinterpretación puede provocar, en la medida en que Tiwanaku es un innegable símbolo político en la sociedad boliviana: mito de origen del katarismo aymara, y símbolo nacional para cierta tradición nacionalista que busca en el altiplano las esencias de la nacionalidad boliviana...

Si la concepción de la selva como región carente de historia y aislada ancestralmente de los Andes ha perdurado tanto tiempo, aún entrando en contradicción con el registro arqueológico e incluso con algunas evidencias etnográficas¹⁹, ha sido, en parte, a causa de ciertos estereotipos, reproducidos por cierta tradición literaria, y más recientemente, cinematográfica. La propia denominación de la selva durante la etapa republicana como el «Oriente», con toda la carga semántica que este concepto conlleva, es un indicio de ello. Frente a otras posibles denominaciones más asépticas, como el «trópico», el «Este», el «Interior» o las «tierras bajas», la denominación de «Oriente» incorpora una aureola mítica, llena de connotaciones de exotismo y perversidad, a la manera del «orientalismo» europeo, que no debemos pasar por alto²⁰. Por ello, una tarea necesaria para los investigadores de la selva es, precisamente, la desmitologización del espacio selvático.

Una hostilidad «milenaria»...

Cierta historiografía tradicional ha venido reproduciendo una imagen estereotipada de las relaciones entre los pueblos del altiplano y de la selva, como si éstas se hubieran limitado a un antagonismo milenario. Una lectura esencialista y ahistórica de ambas áreas culturales ha dado lugar a interpretaciones esperpénticas, en las cuales se proyectan ciertas tipologías moralistas. El nacionalismo republicano ha tomado partido por el indígena serrano, convertido en embrión de la na-

16. Raymond, op. cit., pág. 298.

17. S. Yampara: «Algunos elementos de reflexión sobre la economía comunitaria andina: caso Chambi Grande». Ponencia presentada al IV Encuentro de Estudios Bolivianos. Cochabamba, 1986, mimeo, pág. 6.

18. Renard-Casevitz e.a., op. cit., pág. 25; T. Saignes: *Los Andes Orientales: historia de un olvido*. Cochabamba, 1985, pág. 8.

19. Disponemos en la actualidad de numerosos estudios que demuestran la influencia de mitos Inkarrí y divinidades (Pachakamac) andinas en la mitología de pueblos del piedemonte andino. Por supuesto, podría tratarse de influencias tardías, pero en cualquier caso muestran un intenso contacto cultural. Véanse, entre otros: E. Fernández: «Los Ashaninca y los Incas. Historia y mitos», en *Antropológica*, 5, (1987), pp. 333-356; P.G. Roe: «The Josho Nahuambo are All Wet and Undercooked: Shipibo Views of the Whiteman and the Incas in Myth, Legend and History» en J.D. Hill (ed.): *Rethinking History and Myth*. Urbana, 1988, pp. 106-135; G. Weiss: «Elements of Inkarrí East of the Andes» en E. Magaña & P. Mason (eds.): *Myth and the Imaginary in the New World*. Amsterdam, 1986, pp. 305-317.

20. M. Münzel, A. Kroeger & R. Gronemeyer: *El pueblo Shuar de la leyenda al drama*. Quito, 1981, pág. 44. La referencia obligada para el estudio del «orientalismo» europeo es: E.W. Said: *Orientalismo*. Madrid, 1990 (orig. 1978).

cionalidad por contraste con el «bárbaro» y «exótico» selvático. El legendario enfrentamiento entre ambos arquetipos lo proyectan algunos autores hasta el siglo XX: así, para Jaime Mendoza la guerra del Chaco no constituiría sino la última embestida de las «hordas guaraníicas» contra los Kollas bolivianos²¹. Posnansky en sus especulaciones filo-nazis²², también identifica dicho conflicto bélico como «el último acto de la lucha milenaria» entre dos tipos raciales antitéticos, poseedor uno de ellos (el «Kolla» del altiplano) de las más altas virtudes en contraste con la miseria humana del otro (el «Aruwak» de las tierras bajas²³).

La imagen de las sociedades amazónicas transmitida por la historiografía tradicional nos presenta a unas poblaciones extraordinariamente arcaicas, herméticas a toda innovación cultural del exterior y atomizadas por sangrientas luchas tribales que vendrían a encarnar un estado «natural» de guerra hobbesiana:

«Los chiriguanaes, los chanes, los chiquitos, los guarayos, los ambayas, los mojos, reñían entre sí con afanes de predominio sobre aguas y pastos, se esclavizaban, se entremataban y algunos se entrecomían, antes de llegar los castellanos a Indias. Si los conquistadores hubiesen desertado la región, por penosa e improductiva, habrían seguido los indios entrematándose después, hasta eliminarse, porque sí, porque así eran desde siglos y no cabía esperar de ellos un mejoramiento espontáneo en el porvenir...»²⁴.

Paradójicamente, esta imagen, que no es otra que la de las «behetrías» de los cronistas coloniales (anarquía, barbárie, insumisión), ha encontrado un poderoso refuerzo intelectual con las aportaciones teóricas de Pierre Clastres en los años 70, a partir de su conceptualización de la sociedad tribal amazónica como «sociedad para la guerra»²⁵, que no oculta la deuda intelectual del autor con el pensamiento de Hobbes²⁶. Con esta caracterización ahistórica del selvático «disidente» y «libertario»²⁷, la reificación de la frontera Andes-selva se encarnaría en un ilusorio telón de acero separando el totalitarismo andino de la irreductible anarquía amazónica.

La existencia de cadenas de fortificaciones en las cabeceras de valle orientales ha sido interpretada como un indicio de una posible expansión de grupos de filiación Arawak hacia la sierra en torno al siglo XV. Sin embargo, no está de más constatar

21. J. Mendoza: *El macizo boliviano*. La Paz, s.d., (orig. 1935), pp. 135-151.

22. Las constantes referencias de Posnansky a razas de desigual capacidad mental, «dominadoras» y «sumisas», a la «lucha por la vida», su repulsión por el mestizaje entre indios y europeos, o su caracterización de Tiwanaku como «Reich», constituyen sobrados indicios del siniestro andamiaje teórico del célebre autor austriaco. Véanse sus trabajos «Notas etnogenéticas referentes a Aruwakes y Kollas» en J. Friedl Zapata (ed.): *Del coloniaje al siglo XX. Alemanes interpretan a Bolivia*. Cochabamba, 1976 (orig. 1937), pp. 9-23, y también su «Los dos tipos indígenas en Bolivia y su Educación» en *América Indígena* III, 1 (1943), pp. 55-60.

23. «Notas etnogenéticas...», op. cit., pp. 55-60.

24. R. Levillier: «Prólogo» a E. Finot: *Historia de la conquista del Oriente boliviano*. La Paz, 1978 (orig. 1939), pág. 16.

25. P. Clastres: *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, 1981, pág. 212.

26. *Ibidem*, pp. 198 y 215-216.

27. Las implicaciones ideológicas de la obra de Clastres han dado pie a cáusticas críticas. Véanse A.C. Taylor: «El americanismo tropical ¿Una frontera fósil de la etnología?» en B. Rupp-Eisenrich (ed.): *Historias de la antropología*. Madrid, 1989, pp. 188-205, así como varios de los trabajos reunidos en J.L. Amselle (ed.): *Le Sauvage à la Mode*. Paris, 1979.

que la conceptualización como «fortificaciones» de estas construcciones en muchos casos parece estar basada más en el «sentido común» que en el registro arqueológico²⁸. Sin descartar la posible utilidad militar de tales edificaciones por su situación generalmente estratégica, no sería descabellado suponer que pudieron haber desempeñado otras funciones, como «tampu», centros de acopio de coca para su envío a la sierra, como «chaskiwasi», entre otras...²⁹. La imagen de una frontera hostil generalizada a lo largo del piedemonte durante toda la etapa precolonial dista de poder ser probada arqueológicamente. Ni aún durante el Tawantinsuyu, que introdujo una intensa militarización de la región (vinculada a la geopolítica Inka, que optaba por redirigir la violencia interna del sistema contra su periferia³⁰), podemos suponer que la ceja de selva fuera una frontera impenetrable: si así fuera, resultaría absurdo que el Estado neo-Inka de Vilcabamba hubiera buscado refugio en una región desconocida y hostil...

Por otra parte, tenemos bastantes indicios de que incluso en los periodos de máxima hostilidad continuaron los intercambios a través del piedemonte. Si este hecho nos sorprende es, en parte, por nuestra concepción liberal del «comercio», heredera de la de aquellos viajeros y cronistas del XVIII y del XIX que tomaban el comercio como índice de civilización de los pueblos³¹, contraponiéndolo a la guerra como formas excluyentes de relación inter-étnica: por contra, ambas categorías aparecen en íntima asociación en el pensamiento de numerosas culturas sudamericanas³². La etnografía ha documentado que los ciclos de hostilidad interétnica de los pueblos amazónicos pueden suspenderse temporalmente para celebrar «ferias comerciales»³³; otras formas de intercambio indirecto (el «intercambio silencioso» de los Kayapó), ni siquiera requieren un cese de las hostilidades³⁴. Hay evidencias

28. Uno de los primeros autores en dudar del carácter exclusivamente militar de estos asentamientos ha sido John Murra, cf. «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas» en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, 1975 (el artículo se publicó originalmente en 1972), pág. 113.

29. J. Hyslop: *The Inka Road System*. Orlando, 1984, p. 280. Tampoco cabe descartar el uso ritual de algunas de estas edificaciones, según Enrique Rocha, que ha criticado la lectura exclusivamente militar del concepto de «Pukara», cf. «Nueva zona arqueológica en Cochabamba» en AA.VV.: *Historia y evolución del movimiento popular*. Cochabamba, 1986, pág. 31.

30. J.V. Murra: «The Expansion of the Inka State: Armies, War and Rebellions» en J.V. Murra, N. Wachtel & J. Revel (eds.): *Anthropological History of Andean Politics*, Cambridge, 1986, pág. 50. Asimismo, R. Schramm ha señalado que las fortificaciones Inka en el piedemonte boliviano no serían tanto la consecuencia como la causa de las hostilidades de los grupos selváticos, cf. «Mojones...», op. cit., pág. 10.

31. R. Alvarez Lobo: *TSLA. Estudio etnohistórico del Urubamba y Alto Ucayali*. Salamanca, 1984, pág. 173.

32. Cf. Lévi-Strauss (citado en Clastres, «Investigaciones...», op. cit., pág. 195). Autores como J. Lizot han destacado que, para sociedades amazónicas como los Yanomami, la lógica de la guerra está regida por las leyes de la reciprocidad y el intercambio: «A propos de la guerre. Une réponse à N.A. Chagnon» en *Journal de la Société des Américanistes*, LXXV (1989), pp. 110-111. Por su parte, Tristan Platt ha analizado la contigüidad lógica entre la guerra y el comercio en el pensamiento aymara, cf. «Pensamiento político Aymara» en X. Albó (ed.): *Raíces de América. El mundo Aymara*. Madrid, 1988, pp. 425-426.

33. D.W. Lathrap: «The Antiquity and Importance of Long-distance Trade Relationships in the Moist Tropics of Pre-Columbian South America» en *World Archaeology* 5,2 (1973), pág. 173.

34. D.A. Posey: «Contact Before Contact: Typology of Post-Colombian Interaction with Northern Kayapó of the Amazon Basin» en *Boletim do Museu Paraense Emilio Goeldi* 3,2 (1987), pág. 141.

de que los intercambios también continuaron durante el periodo colonial, aún en coyunturas de abierta tensión, como en los valles orientales bolivianos durante las incursiones de Chiriguano y Yuracarés a principios del siglo XVII³⁵, o en la «frontera de guerra» del Ucayali a finales del XVIII³⁶.

Si bien estos datos nos permiten cuestionar la tópica imagen de una eterna hostilidad transandina, no debemos por ello adoptar una imagen idílica, tan estereotipada y ahistórica como la anterior, según la cual las relaciones entre andinos y amazónicos siempre fueron «...armoniosas, de unidad en la diversidad, de reconocimiento y aceptación del otro y de sus valores, de cooperación mutua, creadoras de una Comunidad Panindígena, modelo de una participación de dos sociedades en una unidad...»³⁷. Evidentemente, las interpretaciones esencialistas tienden a distorsionar la realidad. Pero de la misma manera en que resulta ingenuo pensar que la competición por unos mismos recursos y/o territorios jamás creó hostilidades, también resulta absurdo pensar que no se establecieron alianzas políticas y relaciones económicas de simbiosis a partir de la necesidad y disponibilidad de recursos escasos (sal, objetos metálicos en la selva/coca y madera en el altiplano...).

Curiosamente, el indio selvático es una figura recurrente del folklore panandino (bailes de «Yumbos» en Ecuador, de «Chunchos» en Perú, de «Chiriguano» en Bolivia), pero su representación dista mucho de ser una demonización de la alteridad: el respeto e incluso la identificación con el selvático son presentes en muchos de estos bailes³⁸, a diferencia de la despectiva imagen del selvático promovida por las administraciones Inka, colonial y republicana...

La verticalidad y sus límites

La formulación por parte de John Murra de su ya clásico modelo del control vertical de un máximo de pisos ecológicos ha supuesto un verdadero hito en la historia de los estudios andinos³⁹. Sin embargo, en la actualidad hay motivos para creer que tal modelo es tan necesario como insuficiente para dar cuenta de los patrones andinos de organización socio-económica⁴⁰. El modelo vertical, que como el propio Murra ya apuntó, puede haber estado circunscrito al centro sur andino (por su particular topografía)⁴¹, ha focalizado la atención de los investigadores en detrimento de otras

35. T. Saignes: «Los Andes...», op. cit., pág. 59.

36. R. Alvarez Lobo: «Formación del mercado capitalista en la Amazonía peruana del Alto Ucayali» en AA.VV.: *Etnohistoria e historia de las Américas*. Bogotá, 1988, pág. 145.

37. Alvarez Lobo, «TSLA...», op. cit., pág. 37.

38. Para el ritual de los «Yumbos», véase F. Salomón: «La Yumbada: un drama ritual quichua en Quito», *América Indígena* XLI, 1 (1981), pp. 113-133, así como G. Ramon: «El Ecuador en el espacio andino: idea, proceso y utopía» en *Alpachis*, 35/36, (1990), pág. 533. Para el papel de los «Chunchos» en la peregrinación de Qoyllur Rit'i véase D. Poole: «Entre el milagro y la mercancía: Qoyllur Rit'i» en *Márgenes* II, 4 (1988), pp. 105-106.

39. J. Murra: «El control vertical...», op. cit.

40. D. Guillet: «Toward a Cultural Ecology of Mountains: The Central Andes and the Himalayas Compared» en *Current Anthropology* 24,5 (1983), pág. 562.

41. «El control vertical...», pág. 80; Masuda: «Dinamismo Inter-regional en los Andes Centrales» en L. Millones & H. Tomoeda (eds.): *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales*. Osaka, 1982, pág. 94.

estrategias alternativas como el comercio, la transhumancia o el intercambio: incluso Murra⁴² ha reconocido posteriormente la existencia de complejas redes de comercio en el Ecuador precolombino, mucho mejor conocidas en la actualidad⁴³.

Si bien es evidente que las extremas condiciones ambientales andinas imponen severas restricciones a las estrategias agropecuarias, no por ello debemos considerar el control vertical como una respuesta «determinada» por el medio. Frente a una base de recursos multizonales, como la andina, es tan posible desarrollar una estrategia generalizada o diversificada (en la que una población explota directamente una serie de ecozonas a diferentes altitudes, caso del control vertical) como una estrategia especializada (control de una única ecozona, especialización e intercambio de productos con grupos de otras ecozonas), o incluso una combinación de ambas⁴⁴. Así, por ejemplo, la transhumancia está documentada arqueológicamente en la sierra, favorecida por la peculiar zonificación ecológica andina⁴⁵. También disponemos de ejemplos etnográficos de grupos transhumantes, como los Tunebos de Boyacá y Santander, que practican un patrón de doble residencia en las montañas y los llanos para complementar la producción y los ciclos agrícolas de las tierras altas (maíz, papa, habas) y bajas (yuca, coca, ñame)⁴⁶. La complementariedad de los ciclos agrícolas de sierra y selva es tan perfecta en buena parte de la cordillera andina⁴⁷ (ver gráfico nº 1), como para no infravalorar su aprovechamiento sistemático en el pasado; si bien es cierto que este fenómeno se ha visto estimulado coyunturalmente en la actualidad (crecimiento de la demanda de coca a causa del «boom» del narcotráfico, minifundismo, crecimiento demográfico y crisis agrícola en la sierra, mejores comunicaciones con la selva...), la etnohistoria nos ofrece indicios de que este patrón de migración estacional fue practicado por grupos andinos en el pasado⁴⁸. Por lo que a las relaciones de comercio y/o intercambio de refiere,

42. J.V. Murra: «Existieron el tributo y los mercados antes de la invasión europea?» en O. Harris, B. Larson & E. Tandeter (eds.): *La participación indígena en los mercados surandinos*. Cochabamba, 1987, pp.52-53.

43. U. Oberem: «El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI)» en *Actes du XLIIe Congrès International des Américanistes*. Paris, 1978, vol. IV, pp. 51-64; F. Salomon: «Vertical Politics on the Inka Frontier» en J.V. Murra, N. Wachtel & J. Revel (eds.): «Anthropological...», op. cit., pp. 89-117; C. Caillavet: «Entre sierra y selva: las relaciones fronterizas y sus representaciones para las etnias de los Andes septentrionales» en *Anuario de Estudios Americanos* XLVI (1989), pp. 71-91.

44. S.H. Forman: «The Future Value of the Verticality Concept: Implications and Possible Applications in the Andes», en «Actes du XLIIe Congrès...», op. cit., pág. 235; D. Guillet: «Toward a Cultural Ecology...», op. cit., pág. 565; C.M. Hastings: «Implications of Andean Verticality in the Evolution of Political Complexity: a View from the Margins» en J. Haas, S. Pozorski & T. Pozorski (eds.): *The Origins and Development of the Andean State*. Cambridge, 1987, pág. 147.

45. T.F. Lynch: «Pre-ceramic Transhumance in the Callejón de Huaylas, Perú» en *American Antiquity* 36,2 (1971), pág. 142.

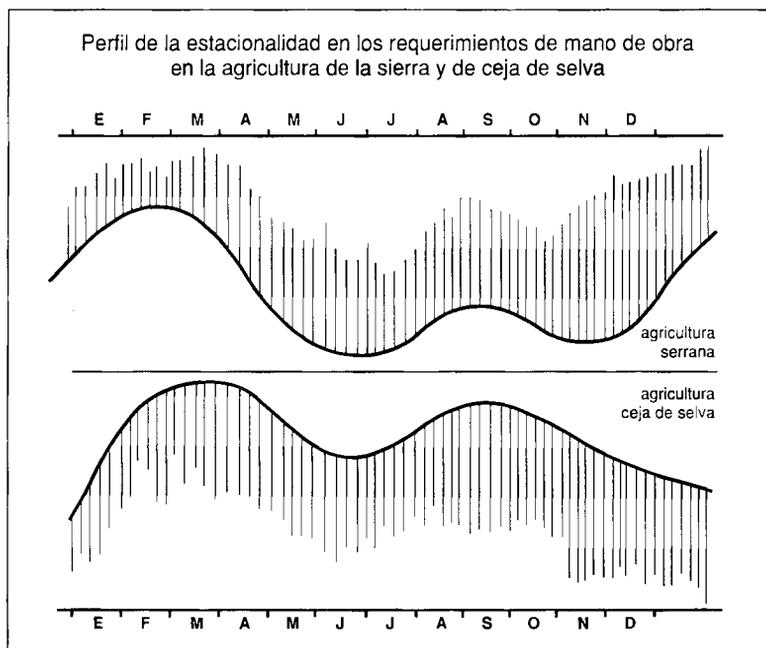
46. A. Chaves Mendoza: «Arhuacos y Tunebos: el aprovechamiento de recursos ambientales mediante la explotación escalonada» en A.A.V.V.: «Culturas indígenas...», op. cit., pp. 163-170.

47. E. Baca: «Las transformaciones de las economías campesinas de la sierra sur del Perú» en M. Eresue, J.M. Gastellu, E. Malpartida & H. Poupon (comps.): *Agricultura andina: unidad y sistema de producción*. Lima, 1990, pp. 387-388.

48. Véase S. Sánchez & G. Sica: «La frontera...», op. cit., pp. 483-484, para el aprovechamiento de los distintos ciclos agrícolas de sierra y selva por parte de los Omaguacas.

su existencia, vagamente aceptada por Murra en 1972⁴⁹ (más como una excepción que como una generalidad), es hoy indiscutible: incluso se ha podido documentar la existencia de especialistas en intercambios de larga distancia en la costa peruana⁵⁰, y especialmente en Ecuador, donde los «mindalás» crearon importantes flujos de mercancías (coca, oro, sal, chakira) entre la costa y la selva⁵¹. El estudio de los intercambios transandinos nos demuestra, en primer lugar, que la ceja de selva era una «frontera» mucho más permeable de lo que se había pensado.

Gráfico nº 1 Fuente: E. Baca (1990).



Por otra parte, no todos los grupos étnicos de la sierra debieron de disponer de las óptimas oportunidades de acceso a la ceja de selva implícitas en el modelo de Murra (por su situación, por su demografía, por la competición de otros grupos más poderosos...). Siendo así, podemos suponer que tal vez el «rescate» constituyó para algunos grupos étnicos la única posibilidad para obtener recursos de la selva⁵². Que estos intercambios no debieron ser una práctica esporádica lo demuestra la exis-

49. J. Murra: «El control vertical...», op. cit., pág. 89.

50. M. Rostworowski: *Etnia y sociedad. Costa peruana prehispánica*. Lima, 1977.

51. Véanse los trabajos anteriormente citados de Oberem, Salomon y Caillavet (nota 43).

52. F. Santos: «Crónica breve de un etnocidio o la génesis del mito del «Gran vacío amazónico» en *Amazonia Peruana* VI, 11 (1985), pág. 20.

tencia, entre grupos del piedemonte como los Campa o los Piro, de «especialistas» en intercambios con las tierras altas y de lugares específicos de intercambio, delimitados ritualmente⁵³. Asimismo, la tradición de encuentros comerciales de cierta periodicidad con grupos de la sierra, está documentada por fuentes etnohistóricas: en algún caso, estas «ferias» se han mantenido hasta épocas sorprendentemente recientes⁵⁴.

Sin embargo, no siempre es fácil interpretar la lógica de tales intercambios⁵⁵. El concepto de «rescate», tal como lo usan los cronistas, resulta ambiguo, y no podemos descartar una lectura eurocéntrica que viera afán de lucro en transacciones en las que la necesidad de prestigio y de alianzas políticas fueran tan o más importantes que el valor de uso de las mercancías recibidas⁵⁶, como sucede en grupos amazónicos contemporáneos⁵⁷. Es preciso, por lo tanto, ser prudentes al interpretar indicios arqueológicos de «comercio»: una institución tan célebre etnográficamente como el «kula» de las Islas Trobriand movía bienes a enormes distancias sin otra intención que mantener alianzas de forma más o menos ritualizada⁵⁸. De hecho, el control y distribución de bienes exóticos es una poderosa «moneda política»⁵⁹: sin duda, el monopolio por parte de las autoridades étnicas de la sierra de los bienes de lujo selváticos (coca, plumas, pieles, alucinógenos) fue un factor que pudo acelerar el desarrollo de formas más centralizadas de liderazgo político, especialmente en aquellas regiones más alejadas de la selva⁶⁰. No debe, pues, sorprendernos el interés del Estado Inka en controlar y restringir su acceso.

El mito de la adaptación biológica

La evidencia de intensos contactos culturales a través del piedemonte andino no debe hacernos olvidar que las condiciones ambientales de la selva amazónica han supuesto un elemento disuasorio para las migraciones serranas. Sin embargo, con los programas de colonización de la selva y las migraciones asociadas al «boom»

53. Alvarez Lobo: «TSLA...», pp. 33-35.

54. En el caso de los Yuracarés, se mantendrían hasta finales del siglo XVII (cf. Schramm: «Mojones...», pág. 15). En el caso de los Piro, los contactos comerciales regulares se mantienen hasta finales del siglo XIX (cf. A. Camino: «Trueque, correrías e intercambios entre los quechuas andinos y los Piro y Machiguenga de la montaña peruana» en AA.VV.: *Organización económica en los Andes*. La Paz, 1989, pág. 120). Por lo que a los Cayapas se refiere, las «ferias» llegarían hasta el siglo XX (Caillavet: «Entre sierra...» pág. 75).

55. Santos: «Crónica breve...», pág. 20.

56. Renard-Casevitz e.a.: «L'Inca...», pág. 57. Lathrap («The Antiquity...» pág. 181) señala que las hachas andinas de cobre debían ser más un elemento de prestigio que funcional entre los pueblos amazónicos, dada su baja eficiencia para talar árboles.

57. Véase S. Hugh-Jones: «Lujos de ayer, necesidades de mañana: comercio y trueque en la Amazonía noroccidental» en *Boletín del Museo del Oro* 21 (1988), pág. 97.

58. R. Smith Kipp & E.M. Schortman: «The Political Impact of Trade in Chiefdoms» en *American Anthropologist* 91,2 (1989), pág. 378.

59. *Ibidem*, pág. 373.

60. Hastings: «Implications...», pág. 156; Masuda: *Dinamismo...*, pág. 93; Raymond: «A View...», pág. 298.

del narcotráfico, algunos autores han idealizado el movimiento de campesinos altiplánicos hacia las tierras bajas pasando por alto algunos de sus efectos más dramáticos. Así, Del Pino⁶¹ considera un «malentendido» el problema de la adaptación biológica de los migrantes en el Madre de Dios, concluyendo que se trata de un mito generado por los campesinos que abandonan las colonias para justificar su fracaso. Romero Bedregal, por su parte, minimiza el problema destacando el «alto coeficiente de plasticidad fenotípica» del campesinado Quechua y Aymara⁶².

Por contra, abundan las informaciones de cronistas en las cuales se exponen, de forma rotunda, los desastrosos efectos que el hábitat amazónico habría provocado en los migrantes andinos durante el siglo XVI. Por citar tan sólo una, en la «Relación de Guamanga...» de 1586 se dice que la «contratación» de coca

«...también ha sido muy dañosa, en especial en la ciudad del Cuzco, para la salud de los naturales, porque han muerto muchos que entraban al beneficio y trato della, por ser tierra enferma donde se da; y aunque al principio se procuraron muchos remedios para evitar este daño, le había mucho y daban enfermedades de llagas incurables...»⁶³.

¿Fantasía de los cronistas? Difícilmente, puesto que las descripciones son sorprendentemente consistentes entre sí y con las narraciones de «entradas» del siglo XVI, en las que los auxiliares andinos morían por miles. Además, las descripciones reflejan claramente los síntomas de una enfermedad que hoy conocemos mucho mejor: la leishmaniasis. La extraordinaria «plasticidad fenotípica» de los serranos no parece haber reaccionado muy rápidamente, puesto que las tropas enviadas a Mojos en 1762 y 1766 (procedentes mayoritariamente de Potosí y los Valles de Cochabamba), fueron diezgadas en pocos días por unas «fiebres synocho pútridas», sospechosamente parecidas a la leishmaniasis y que no afectaban a los soldados cruceños ni a los negros⁶⁴. Parece probada la existencia de esta patología en tiempos prehispánicos⁶⁵; se trata de una enfermedad endémica entre los 22^º N y los 30^º S, por debajo de 2.000 metros de altitud. Que no se trata de un fenómeno muy localizado lo demuestra la variedad de nombres por los que es conocida en la sierra: espundia, hutu, antioncco, uta, apaicha, q'espo, jukuya...⁶⁶. Desgraciadamente, la leishmaniasis dista mucho de ser una enfermedad remota; aún en 1990 afectaba a cientos de colonos aymaras en los Yungas de la Paz⁶⁷. Otras patologías endémicas del medio tropical ante las cuales los colonos serranos carecen de

61. F. del Pino: «Migración y adaptación: el caso de los serranos en el Departamento Selvático de Madre de Dios (Perú)» en *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti*. Génova, 1975, Vol. III, pp. 504-05.

62. H. Romero Bedregal: *Planeamiento andino y movimientos sociales en Bolivia*. La Paz, 1980, pp. 64-69.

63. «Relación de la ciudad de Guamanga y sus términos, año de 1586», en *Relaciones Geográficas de Indias (Perú, Vol. I)*. Madrid, 1965, pp. 190-192.

64. D. Bonavia & C. Monge: «Notas para la historia de la medicina peruana: una interpretación errónea del «mal de altura»» en *Histórica* XIII, 1 (1989), pp. 1-7.

65. D.W. Gade: «Inca and Colonial Settlement, Coca Cultivation and Endemic Disease in the Tropical Forest» en *Journal of Historical Geography* 5,3 (1979), pág. 272; J.V. Murra: «Introducción al estudio histórico de la hoja de coca (*Erythroxylon coca*) en los Andes» en J.V. Murra (ed.): *Visita de los valles de Songo*. Madrid, 1991, pág. 569.

66. D.W. Gade: «Inca and colonial...» pág. 272.

67. *Presencia* (La Paz), 26-VIII-1991.

defensas, también han provocado efectos devastadores entre ellos: en 1933, una epidemia de malaria en el valle de la Convención acabó con la vida de unos 7.000 campesinos de procedencia altiplánica⁶⁸. Por si fuera poco, la tuberculosis, las parasitosis, deshidrataciones, anemias e incluso las picaduras de serpiente, completan el patético cuadro de la situación actual de los colonos en el trópico⁶⁹. Todo ello confirma la existencia de un «umbral de adaptación fisiológica» para las poblaciones andinas en sus desplazamientos a la selva⁷⁰.

Llegados a este punto, podemos pensar que la frontera ecológica de la ceja de selva también fue, en parte, una «frontera psicológica»⁷¹ para las poblaciones andinas: los recelos hacia ella no serían tanto de carácter «sobrenatural» como empírico, producto no de su desconocimiento, sino precisamente de su conocimiento. De ahí la ambivalencia del territorio selvático para el pensamiento andino, que admira y codicia sus recursos, pero conoce y teme sus efectos biológicos: posiblemente sea esa la razón por la cual el Tawantinsuyu consideraba la selva como una región de confinamiento para grupos rebeldes⁷².

A partir de estos datos, se impone cierta prudencia al reconstruir los patrones precolombinos de ocupación de la selva. Las enfermedades endémicas no impidieron los asentamientos, por supuesto, pero si debieron limitar su duración, haciendo demasiado peligrosa una ocupación permanente⁷³. En consecuencia, los intercambios con grupos amazónicos pueden haber jugado un papel relativamente importante en las estrategias socio-económicas de los grupos étnicos andinos.

El Tawantinsuyu y la selva

Los importantes avances experimentados en las últimas décadas por la arqueología y la etnohistoria andinas nos han permitido relativizar el papel «civilizador» del Estado Inka en la historia andina. En este sentido, su rol histórico parece haber consistido más bien en una integración de desarrollos culturales, económicos y políticos de ámbito regional en una enorme estructura centralizada. Paradójicamente, tenemos motivos para pensar que la aparición del Estado Inka no consolidó los patrones preexistentes de simbiosis económica e interacción cultural con los pueblos selváticos, sino que, por el contrario, contribuyó a reificar como frontera social la ceja de selva. Este proceso pudo haber tenido sus primeras manifestaciones con el surgimiento de Estados militaristas en el altiplano, cuya posible tentativa de anexionar territorios amazónicos e imponer tributos a sus habitantes habría alterado drásticamente las relaciones previas⁷⁴. Sin embargo, el Tawantinsuyu supuso un

68. W.W.Craig: *From Hacienda to Community: An Analysis of Solidarity and Social Change in Peru*. Ithaca, 1967, pág. 27.

69. Centro de Investigación y Desarrollo Regional: *Monografía del trópico del Departamento de Cochabamba*. Cochabamba, 1988, pág. 309.

70. T. Saignes: «Los Andes orientales...», pág. 11

71. Alvarez Lobo: «TSLA...», pág. 31

72. T. Saignes: «Los Andes ...», pág. 69; Alvarez Lobo: «TSLA...», pág. 32

73. D.W. Gade: «Inca and colonial...» pág. 275-279.

74. Renard-Casevitz e.a.: «L'Inca...», pág. 28.

salto cualitativo, en la medida que acometió tentativas de colonización de la selva con una intensidad sin precedentes (expediciones militares, colonizaciones masivas, traslado de poblaciones...). La consolidación del Tawantinsuyu supuso un intento de asimilar los sistemas regionales de coordinación económica entre sierra y selva (basados tanto en los archipiélagos verticales como en el intercambio), posiblemente anteriores a la expansión Wari, en un mecanismo supraregional centralizado⁷⁵. Esta asimilación supuso, de hecho, la transformación de una «verticalidad física» como la que habían venido manteniendo los grupos étnicos, en una «verticalidad estructural» estatal, abarcando distancias mucho mayores⁷⁶. Sería, pues, erróneo ver una continuidad entre los archipiélagos étnicos y los asentamientos masivos de mitmaquna, puesto que parecen obedecer a lógicas contradictorias⁷⁷.

La ocupación Inka del piedemonte supuso una fractura del continuum social sierra-selva: la deportación de poblaciones nativas y la instalación masiva de colonias de mitmaquna supuso una innegable ruptura de la cohesión de los territorios étnicos y de los circuitos ecológicos⁷⁸, acompañada de la desetnización de los colonos, desplazados a enormes distancias de sus antiguos desplazamientos⁷⁹, y de una rígida parcelación territorial de los grupos nativos impuesta por el Estado Inka, que llegó incluso a delimitar físicamente las fronteras étnicas en el piedemonte⁸⁰. Asimismo, el bloqueo estatal del acceso a la ceja de selva, no solamente interrumpió circuitos económicos, sino también alianzas políticas que hasta ese momento habían vinculado a grupos serranos y selváticos⁸¹.

Este proceso de desarticulación étnica entre la sierra y la selva debe ser contemplado desde la perspectiva de la ingeniería social Inka, que percibía el sistema de archipiélagos étnicos como un obstáculo para su autoridad y eficiencia⁸². El notable grado de autosuficiencia económica e independencia política mantenida por numerosos señoríos andinos era visto con inquietud por el Cuzco, que en consecuencia, decidió forzar su dependencia económica y su aislamiento político monopolizando la circulación de productos exóticos y bloqueando las cabeceras del valle. Asimismo, los contactos con grupos selváticos, que hasta ese momento habían mantenido una aparente reciprocidad, devienen ahora asimétricos, aunque el Inka tratara de enmascarar los tributos impuestos a las étnias de la selva (oro, plumas, miel, etc.) bajo el disfraz de la reciprocidad⁸³. La progresiva desaparición de los intercambios con la selva a nivel de unidades domésticas o de grupos étnicos dará paso a una creciente centralización de las relaciones interecológicas, elemento clave en el funcionamiento del Tawantinsuyu⁸⁴. A su vez, las colonizaciones masivas en las tierras

75. Masuda: «Dinamismo...», pág. 95.

76. Murra, «El control...», pág. 111.

77. *Ibidem*, pp. 114-115.

78. T. Saignes: «Los Andes...», pág. X; Sánchez & Sica: «La frontera oriental...», pág. 484.

79. Murra, «El control...», pp. 113-114.

80. R. Schramm: «Mojones...», pp. 2-3.

81. Oberem: «El acceso...», pág. 53; F. Salomon: «Vertical Politics...», pág. 103.

82. J. Murra: «Existieron el tributo...», pág. 60.

83. T. Saignes: «Los Andes...», pp. 21-23.

84. Hastings: «Implications...», pág. 156.

bajas, en tanto que amenazaban territorios vitales para los grupos del piedemonte, provocaron una respuesta crecientemente hostil. Paralelamente a la militarización de la región, el Estado Inka introduce una ruptura en la percepción andina de los grupos selváticos: de la imagen tradicionalmente ambivalente (se admiraba al selvático, por ver en él un «gentil», un antepasado, pero se temían sus poderes «mágicos»)⁸⁵, se pasa a una imagen del «chuncho» (léase el chiriguano o el bra-camoro) como paradigma de la bestialidad, construyéndose una selva imaginaria que es, en gran medida, una antítesis simbólica del Incario⁸⁶.

La conquista y sus efectos

Como consecuencia del proceso de «salvajización» de la frontera amazónica⁸⁷ desarrollado durante la etapa colonial, el piedemonte deviene una frontera fosilizada, un abismo cultural y político entre la sierra y las tierras bajas. Los archipiélagos regionales que sobrevivieron al Tawantinsuyu (sin duda, por su prematuro hundimiento) serán sometidos durante la Colonia a una intensa acción desestructuradora: la introducción de una nueva racionalidad económica y espacial provocará una verdadera «horizontalización» del hábitat andino⁸⁸. Tal desestructuración no parece consecuencia tanto de la incompreensión de las autoridades coloniales como de una política sistemática de desarticulación social y económica de las sociedades andinas. Resulta paradójico que Polo de Ondegardo, citado a menudo como ejemplo de comprensión y respeto por el control vertical en su actividad como funcionario colonial⁸⁹, adoptara una argumentación opuesta defendiendo sus intereses como encomendero en 1560 para retener a los colonos Carangas, Quillacas y Soras⁹⁰. Incluso en aquellos casos en que la verticalidad fue reconocida jurídicamente como «doble residencia», se subvertió su lógica para extraer de los archipiélagos un doble tributo, en el enclave y en el ayllu de origen⁹¹. Por otra parte, que el control simultáneo de diferentes pisos ecológicos no era incompatible con la racionalidad mercantilista lo prueban los estudios sobre hacendados como Pio León Cabrera⁹² o Tadeo Díez de Medina⁹³, que diversificaban su producción al contar con haciendas en la selva (coca), valles (frutas, granos, etc) y puna (lana). Por ello, más bien

85. M. Taussig: *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man*. Chicago, 1987, pp. 229-230.

86. Renard-Casevitz e.a.: «L'Inca...», pág. 44.

87. *Ibidem*, pág. 356.

88. S. Rivera: «De la Ayma a la Hacienda: cambios en la estructura social de Caquiaviri» en M. Urioste de Aguirre (coord.): *Estudios Bolivianos en Homenaje a Gunnar Mendoza*. La Paz, 1978, pág. 250.

89. Murra: «El control...», pág. 75.

90. N. Wachtel: «The Mitimas...», pp. 200-201.

91. T. Platt: *Estado boliviano y ayllu andino*. Lima, 1982, pp. 30-31, para los tributos en trabajo para la Iglesia, y pág. 46 para los impuestos republicanos.

92. N. Manrique: *Yawar Mayu. Sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*. Lima, 1988, pág. 146.

93. H. Klein: «La fortuna de Don Tadeo Díez de Medina» en *Ayllus y haciendas en el mercado boliviano en los siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, 1988, pág. 30.

debemos ver en el modelo toledano una consumación de las aspiración Inka de romper la autosuficiencia económica y la autonomía política de los ayllus⁹⁴. A su vez, los criterios fiscales coloniales y los requerimientos de mano de obra para la mita minera contribuyeron a erosionar las lealtades de los colonos, rompiendo la solidaridad entre ayllus y enclaves⁹⁵.

Por lo que a la selva se refiere, los efectos de la conquista fueron devastadores. En primer lugar, el impacto epidemiológico sobre los grupos amazónicos fue de una inusitada intensidad: las estimaciones demográficas más minuciosas nos sugieren una población amazónica precolombina mucho más elevada que las que se habían venido manejando, en base a una falta de documentación histórica, abusivas extrapolaciones temporales y a partir de infundados cálculos sobre la capacidad de sustentación demográfica del hábitat amazónico⁹⁶. La enorme mortandad entre las poblaciones selváticas, que presumiblemente alcanzó índices sensiblemente superiores a los de otras áreas del continente⁹⁷, tuvo traumáticos efectos para los grupos étnicos, que optaron por una estrategia de supervivencia basada en el repliegue hacia zonas más remotas, la intensificación del nomadismo y la dispersión y fisión de los grupos, acompañadas de una intensa hostilidad mutua⁹⁸, que desintegró las redes de intercambios inter e intraselváticas. Esta hostilidad se vió reforzada por la práctica de las «correrías», espoleando a algunos grupos a lanzarse sobre otros a la captura de esclavos⁹⁹.

Sin embargo, un elemento clave para explicar la traumática desarticulación social entre la sierra y la selva es la asimilación y/o desintegración de aquellos grupos étnicos que habían jugado un papel de intermediarios entre ambos mundos, ejerciendo de «étnias bisagra»¹⁰⁰. Algunos de estos grupos, como los panatahua, habían jugado un rol de mediadores entre la sierra de Huánuco y el Bajo Huallaga, son exterminados por las epidemias¹⁰¹; en otros casos, se produce un proceso de «andinización» o «quechuanización» que asimila a estos grupos a la sierra aislándolos de la selva (Guayacundos, Paltas y Malacatos, de origen Jíbaro)¹⁰², mientras que otros, como los Amo y Yurakaré de Cochabamba, que habían vivido a ambos lados del piedemonte, huyen de los valles por la presión colonial y se retiran al corazón de la selva rompiendo sus vínculos con grupos vallunos¹⁰³. Parece evidente que el

94. Murra, «El control...», pág. 75.

95. Saignes: «Los Andes...», pp. 143-145.

96. Véanse los trabajos de W.M. Denevan: «La población aborígen de la Amazonía en 1492», en *Amazonía Peruana* III, 5 (1980), pp. 3-41; J. Hemming: *Red Gold. The Conquest of the Brazilian Indians*. Londres, 1978 (especialmente pp. 488-492); T.P. Myers: «Spanish Contacts and Social Change on the Ucayali River, Peru» en *Ethnohistory* 21,2 (1974): 135-157; D.A. Posey: «Contact Before Contact...», op. cit.

97. W.M. Denevan: «La población...», pág. 11.

98. D.A. Posey: «Contact...», pág. 147; Renard-Casevitz e.a.: «L'Inca...», pp. 287-288.

99. Para el caso de los Conibos véase A.M. d'Ans: *L'amazonie Péruvienne Indigène*. Paris, 1982, pág. 163; para los Piros, véase A. Camino: «Trueque...», pág. 113.

100. Tomo el concepto de F. Santos: «Cronica breve...», pág. 31.

101. *Ibidem*, pp.28-29.

102. A.M. Hocquenguem: *Los Guayacundos de Caxas y la Sierra Piurana. Siglos XV y XVI*. Piura, 1989, págs. 134.

103. R. Schramm: «Mojones...», pp. 13-15.

«paradigma» de los atomizados, arcaicos y hostiles grupos de selva no es consecuencia de ningún «estado natural», sino de un intenso proceso histórico de militarización de la región y de «primitivización» de sus habitantes, provocado por la presión (territorial, bacteriana, etc.) del sistema colonial.

Las evidencias de contactos culturales entre sierra y selva disponibles en la actualidad nos obligan a replantearnos cuestiones como la complejidad social de los grupos amazónicos precolombinos y su aportación al desarrollo de la civilización en los Andes, así como su relación con las étnias de las tierras altas. La dualidad esencial entre pueblos de sierra y selva, establecida por el discurso colonial a partir de tipologías más morales que etnográficas¹⁰⁴, se ha visto reproducida por cierta tradición académica¹⁰⁵, y, paradójicamente, por los propios movimientos étnicos andinos y amazónicos cuya indiferencia recíproca ha sido bien visible durante las últimas décadas en países como Perú y Bolivia. Este olvido de un patrimonio histórico común, reproduce, aunque sus actores no sean conscientes de ello, los efectos de la desestructuración colonial.

104. M. Taussig: «Shamanism...», pág. 193.

105. Caillavet: «Entre sierra...», pág. 71.